

SOLO UNA AUTÉNTICA REINA
PUEDE ARDER ASÍ



FURYBORN

2. EL LABERINTO DEL FUEGO ETERNO

CROSS
BOOKS

CLAIRE LEGRAND

CLAIRE LEGRAND

FURYBORN

2. EL LABERINTO DEL FUEGO ETERNO

CROSS
BOOKS

CROSSBOOKS, 2019
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Furyborn*
© Claire Legrand, 2018
© de la traducción: Paula Fernández Espriu, 2018
Diseño de interior y cubierta: Sourcebooks, Inc.
Ilustración y diseño de la cubierta: David Curtis
© Editorial Planeta S. A., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: junio de 2019
ISBN: 978-84-08-21084-9
Depósito legal: B. 9.572-2019
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

RIELLE

«No sé en qué estarías pensando, y Dios sabe que no quiero que me lo expliques. Pero, si necesitas huir o un sitio para esconderte, que sepas que siempre puedes acudir a mí. Ni siquiera Su Santidad conoce todos los lugares secretos de esta ciudad ni cuántos de estos me pertenecen.»

Mensaje de Odo Laroche a lady Rielle Dardenne
24 de mayo, año 998 de la Segunda Edad

Cuando Rielle salió del archivo de la Casa de la Noche, al atardecer del día siguiente de que la descubrieran con Audric, le ardían los ojos de haber leído demasiados libros sobre el carácter físico de las sombras y la vida de santa Tameryn. Sloane se lo había anotado todo de una forma tan meticulosa que el tamaño total de las notas de la mujer competía con los libros mismos.

A Rielle le dolían los hombros; sentía como si le hubieran abierto los nervios y ahora los llevara colgando, deshilachados. Solo podía pensar en el refugio de su habitación y en el pastelito de canela recién hecho que la estaría esperando en su mesita de noche, tal como Evelyne le había prometido.

Pero al menos ahora, con la prueba de las sombras a tan solo dos días, el plan que había elaborado en su mente se había consolidado.

Flanqueada por Evyline y otros dos de sus guardias, tiró de las puertas del archivo y las cerró tras ella. Se volvió y... se quedó helada.

Ludivine estaba sentada en el pasillo que había frente a los archivos, en un sofá con patas de hierro y flecos de finas borlas oscuras. El cabello rubio le caía ondeado sobre la espalda. El vestido gris que llevaba brillaba en un campo de elaborados bordados color burdeos, azul marino y bermejo: los colores de la casa Sauvillier.

Lo único que a Rielle se le ocurrió para saludarla fue:

—¡Ah!

Ludivine dibujó una pequeña sonrisa, se puso de pie y le tendió la mano.

—Ven a pasear conmigo, Rielle.

—No quiero.

Ludivine le cogió la mano y se la puso en el brazo.

—Insisto.

Rielle miró a Evyline, que tenía las manos sobre la espada.

La mujer asintió sombríamente con la cabeza. Ella y los otros guardias estarían cerca, por supuesto.

Rielle inspiró profundamente y caminó junto a Ludivine. Bajaron las escaleras y recorrieron los pasillos oscuros y silenciosos de la Casa de la Noche hasta que emergieron en la capilla central. Docenas de devotos se habían congregado en la sala para rezar: en los bordes de mármol negro de las fuentes, en los cojines del suelo y en los bancos destinados a la oración. Algunos se arrodillaban a los pies de la estatua de santa Tameryn, que se elevaba en el corazón de la estancia. Con las dagas en la mano, levantaba la mirada y, a través del techo abierto, la dirigía al cielo, que cada vez era de un violeta más intenso.

Cuando ellas entraron, toda la gente que estaba reunida en la capilla levantó la mirada.

El silencio era ensordecedor. Los susurros, peor.

Rielle plantó los talones en el suelo, decidida a no ir más lejos.

—Por favor, Lu, no me hagas esto.

—¡Venga, vamos! —murmuró Ludivine—. Solo estamos dando un paseo. ¿Qué hay de malo en eso?

Así que Rielle dejó que su amiga la guiara a través de la habitación. Ambas se arrodillaron a los pies de santa Tameryn, se besaron los dedos y se tocaron la nuca. Ludivine saludaba con un murmullo a todos con los que se cruzaban. Rielle intentaba hacer lo mismo, trataba de sonreír, pero sus palabras sonaban entrecortadas y parecía que le hubieran fijado la sonrisa en la cara con clavos.

Al salir de la Casa de la Noche, Rielle no pudo contener más su frustración.

—¿No vas a decirme nada? —susurró mientras Ludivine la llevaba por los patios exteriores del templo. Las flores de la tranquilidad, cuyo polen encendía un polvo blanco semejante a las estrellas, habían empezado a abrirse a lo largo del camino pavimentado—. ¿Desfilaremos por toda la ciudad en un silencio extraño hasta que me desmaye de la tensión? ¿Es este mi castigo?

—Tranquilízate y actúa con normalidad —dijo Ludivine en voz baja. A continuación, dijo más fuerte—: Buenas noches, lord Talan y lady Esmeé. ¿Verdad que las flores de la tranquilidad están preciosas en esta época del año?

Los cortesanos en cuestión inclinaron la cabeza. Sus ojos iban rápidamente de Rielle a Ludivine y de Ludivine a Rielle mientras las saludaban brevemente con un murmullo y se deslizaban entre el follaje. Unos pasos más allá, Rielle oyó que empezaban a susurrar con furia.

El calor le subió por la nuca.

—Solo un poco más —dijo Ludivine con suavidad.

Pero, hasta que no cruzaron los patios exteriores de cada uno de los siete templos, Ludivine no se alejó de los caminos que conducían a ellos. Finalmente, entraron en una estrecha calle lateral.

Una vez bajo las sombras de los edificios de viviendas que se amontonaban sobre sus cabezas, Rielle se sintió débil y aliviada.

—¿Acaso eso no ha sido un castigo? —Temblorosa, se secó el rostro con la manga.

—No —dijo Ludivine tranquilamente mientras conducía a Rielle por ese camino pulcramente empedrado. La suave luz que desprendían las antorchas situadas en los soportes de las paredes las alumbraba. Siglos atrás, la primera gran maestre de la Pira había diseñado las antorchas que iluminaban el barrio de los templos cuando caía la noche—. Si dejaras de estar tan histérica, verías que estoy intentando ayudarte. Ponte la capucha, por favor.

—¿Que me estás ayudando?

—Acabamos de cruzarnos con centenares de personas —dijo Ludivine, y ambas se cubrieron el pelo—. Lo más importante es que ellos han presenciado la escena. Han visto a dos amigas que se quieren, cogidas del brazo, paseando sin prisas por los jardines. Tal como podríamos haber hecho cualquier otra noche. Aunque el hecho de que nos vean juntas solo sofoque una fracción de los cotilleos que ahora corren por toda la ciudad, nos será de ayuda a ti, a Audric y a mí.

Ludivine hizo que bajaran por unas escaleras estrechas que conducían a un barrio inferior. Con las capuchas puestas y la cabeza gacha, evitaban establecer contacto visual con los transeúntes. Evelyne y sus guardias las seguían de cerca.

—No sé si mi padre se recuperará jamás de lo que vio —musitó Ludivine—, pero al menos yo puedo mostraros mi apoyo en público siempre que me sea posible.

—¿Por qué haces esto? —Rielle, a través de una cortina de lágrimas, miró cómo sus pies descendían por las escaleras—. Deberías odiarme.

Ludivine resopló con impaciencia.

—Rielle, mírame. —La detuvo en un rellano tranquilo, donde la escalera giraba de forma pronunciada a la derecha, y le cogió las manos—. Mírame.

Cuando esta se encontró con la mirada serena de su amiga, un terrible dolor en el pecho la dejó sin respiración.

—Lo siento —susurró—. Perdóname, por favor.

—Contéstame una cosa: ¿crees que quiero a Audric?

Rielle parpadeó. La había cogido desprevenida.

—¿Qué? Pues...

—Claro que lo quiero. Somos primos, es un buen amigo y lo conozco desde siempre. Forma parte de mi familia. Pero ¿lo quiero como tú? Por supuesto que no.

Rielle se quedó boquiabierta.

—Pero... Lu, ¿de qué estás hablando?

—Sé que Audric siente lo mismo que yo. ¿Habría preferido que hubieseis acudido a mí para poder hablar sobre todo esto como gente civilizada en lugar de que os revolcarais medio desnudos por los jardines a ojos de todo el mundo? Sí, me habría encantado.

Rielle estaba a punto de morir ahí mismo, en las escaleras.

—Lu, lo siento muchísimo, de verdad. No sé qué mosca nos picó.

—Claro que lo sabes. Estás enamorada de él, y él, de ti. Llevabais años desesperados por besaros. Era solo cuestión de tiempo. ¿Sabes lo agotador que ha sido ver cómo os rondabais?

—Él no... —¿Acaso las sorpresas no acabarían nunca?—. No estamos...

—¡Ay, por favor! De hecho, es tan obvio como si os hubierais revolcado por los jardines medio desnudos. ¡Uy, un momento!

—¡Por el amor de todos los santos, Lu! —Rielle se frotó la frente con la mano—. ¿Por qué no nos dijiste nada? No creía que... Bueno, sí que lo deseaba, pero...

Ludivine sonrió con picardía.

—Veros resultaba agotador, pero también entretenido. No pude resistirme. En la corte me aburro como una ostra.

Rielle levantó las manos en el aire.

—¿Y a qué esperabas? ¿Ibas a contarnos la verdad el día de vuestra boda?

—¡Ay, lo habría hecho mucho antes! —Ludivine volvió a cruzar el brazo de Rielle con el suyo y siguió bajando las escaleras—. Pero no quería quedarme sin esa distracción aún. Aunque confieso —y aquí la voz de Ludivine se volvió más grave— que lamento no haber decidido decíroslo antes. Podría haberos ahorrado muchos problemas. Y ahora...

—¿Qué pasará ahora que tu padre lo ha visto? —le preguntó Rielle mientras pasaban por otra calle residencial.

—Hablará con el rey, por supuesto —dijo Ludivine—, y se asegurará de que el acuerdo de compromiso siga intacto.

A Rielle se le cerró dolorosamente la garganta.

—Claro.

—Dudo que te haga la vida agradable. Ni él ni mi tía, la reina.

—Pues como siempre han hecho.

—Tienes razón. —Ludivine miró la calle que se oscurecía y paseó la vista arriba y abajo de las hileras de altas casas de piedra—. Pero, en serio, Rielle..., en estos momentos no provoques a nadie, por favor. Ahora hay demasiada tensión y

todo es demasiado frágil. Espera a que mi padre se calme antes de ponerte desafiante.

Rielle, ahora aún más nerviosa, miró de soslayo a Ludivine. Era imposible que esta supiera que estaba ideando un plan para la prueba de las sombras, ¿verdad?

—¿A qué te refieres?

—Sabes exactamente a qué me refiero. Tienes que ser una candidata correcta y obedecer al arconte.

—Y mantenerme alejada de Audric, ¿no?

Ludivine se dio la vuelta con el rostro muy apenado.

—Ni siquiera quiero pedirte que hagas eso.

—Pero debo hacerlo —susurró Rielle. La tristeza la ahogaba tanto que apenas tenía voz para hablar—. Lo he echado todo a perder, ¿verdad?

—Según tengo entendido —contestó Ludivine con ironía—, en un beso participan dos. No deberías cargar con la culpa sola.

Rielle siguió a Ludivine a través del estrecho camino de un jardín. Un arco de piedra cubierto de enredaderas en flor indicaba la entrada a un patio cuadrado y ordenado. Al otro lado había una puerta ancha y negra con un picaporte de latón. Una placa de plata deslustrada clavada en la zona superior mostraba unos grabados sin pulir en los que se veía un mortero y un manojó de hojas atadas. Ludivine se detuvo bajo el arco.

—Cielo —murmuró, mirando a Rielle a la cara con ternura—, no dejes que tu corazón se aflija, por favor. ¿Que si me sacas de quicio? Sí, cada día. Pero te quiero como siempre, y encontraremos la manera de solucionar esto. No pienso ser yo la causa de que vivas con el corazón roto.

Rielle tiró de ella y la abrazó con tanta fuerza que a las dos se les cayeron las capuchas.

—¿Puede ser —masculló— que me hayas traído a esta casa extraña y oscura en medio de la ciudad para matarme?

Ludivine rio.

—Con todas las cosas bonitas que te acabo de decir, has arruinado el momento.

—Quizá hayas dicho todas esas cosas bonitas para que bajara la guardia.

—Sería un buen plan, pero, por desgracia, me temo que esto es mucho menos emocionante. Te he traído a ver al sanador de Audric. —Ludivine pasó por debajo del arco y cruzó el patio—. Lo prefiere a él antes que a los sanadores de su padre en Baingarde. Es un buen hombre, discreto y sensato. Por el bien de todos, me gustaría saber que tu cuerpo estará protegido de ahora en adelante. Solo por si acaso.

Rielle se detuvo en seco.

—Me has traído hasta aquí para que pueda comprar un tónico anticonceptivo.

—¿Acaso habías pensado en comprar uno tú misma?

—Yo... —Rielle volvió a sonrojarse—. No. Debía de estar bastante absorta en todos los... —Gesticuló con impotencia.

—¿Los besos? —Ludivine, sonriendo, llamó a la puerta—. Es comprensible. Para eso están los amigos: para pensar por ti cuando no tienes la mente clara.

La puerta se abrió y descubrió a un hombre mayor de semblante rubicundo, de estatura y peso medianos, de pelo desgreñado y castaño, con una barba escasa y unos ojos azules y penetrantes. Levantó una vela y entornó los ojos.

—Ah, lady Sauvillier. Muy bien. Y... —Miró a Rielle y levantó mucho las cejas—. Y la estimada candidata en persona. ¡Qué gran noche para mí! Me llamo Garver Randell. Garver, si gustáis. Seguidme.

Rielle miró a Ludivine, que escondió su sonrisa tras la mano. «Muy sensato, sin duda.»

Les hizo cruzar un pequeño recibidor y las llevó adentro, a una tranquila habitación llena de estantes con frascos, ja-

rras y cajas etiquetadas. A través de una puerta situada en la pared más alejada, Rielle vio una escalera tenuemente iluminada y otra sala más pequeña. Las recibieron los sonidos de alguien barriendo y el alegre tarareo de un niño.

—Mi hijo está por aquí. Él os lo traerá. —Garver se sentó junto al fuego que crepitaba—. Si hoy tengo que buscar una vez más entre estos estantes, los ojos se me saldrán de las órbitas.

—¡Aquí estoy, padre! —Un niño con una escoba en una mano entró apresuradamente en la habitación principal por la puerta iluminada—. ¿Qué necesitáis?

—Un paquete de polvos anticonceptivos para lady Rielle. —La miró de nuevo a ella—. Lo que os daré os servirá para un mes. Luego, tendréis que volver por más.

Rielle vio que el niño ponía unos ojos como platos al oír mencionar su nombre.

—Garver, espero poder contar con que tanto tú como tu hijo seréis discretos en estos asuntos —dijo ella.

—Lady Rielle, ¿creéis que seguiría en el negocio si tuviera por costumbre pasear por toda Âme de la Terre difundiendo qué medicamentos toma la gente? —contestó Garver con suavidad.

—No —dijo Rielle con un poco de dificultad—, supongo que no.

El hijo de Garver ya había encontrado el paquete en cuestión, lo había puesto dentro de una cajita lisa y se lo había acercado a Rielle.

—Aquí tenéis, mi lady. —Con las mejillas de un rojo brillante, le tendió la caja—. Serán cinco monedas...

—Esta vez os dispensaré del coste —dijo Garver en voz alta desde el fuego—. Superasteis con soltura la prueba del metal, lady Rielle. Es lo menos que puedo hacer.

—Fuimos a veros —soltó el niño, que parecía a punto de explotar. Le brillaban los ojos—. Al final, con todas aquellas

espadas... Vociferábamos por vos, mi lady. ¿Oísteis cómo gritábamos vuestro nombre?

—Os oí a todos. —Rielle, con una sonrisa, le cogió la caja al niño—. Gracias por animarme. Es muy importante para mí y me ayuda a no tener tanto miedo. Y, lo siento, pero aún no sé tu nombre.

—Simon —dijo el niño, radiante. Casi bailaba de puntillas y temblaba de emoción—. Me llamo Simon.